

EL CAUCE.

Un día hallóse Andrés sobre el andén de la estación inmediata al paso del tren. Un mozo de sus años, poco más ó menos, venía asomado á la ventanilla.—¡Andrés!—¡Perico!—gritaron casi á la vez uno y otro, y apeándose el viajero y saliéndole al encuentro el cazador, abrazáronse estrechísimamente. Y á seguida, y con aquella prisa y azoramiento que obliga la poca espera de un tren y la faena de gentes, bultos y carretillas durante su parada, hablaron de este modo:

—¿Vás á Santander?

—Sí, chico; á bañarme en el mar; digo, á ver la gente que se baña.

—¿Estarás mucho tiempo?

—Mientras no me aburra.

—Entonces te marchas pronto.

—¡Mal patriota! ¿y tú, en tu aldea?

—En mi aldea; pasándolo grandemente; mejor que vás á pasarlo tú en el Sardinero.

—¿Y qué te haces?

—Yá lo véis; cazar, pasearme, comer y dormir.

—¿Y tu padre?

—Buenísimo, gracias á Dios. Mira, en cuanto te aburras en la ciudad, véntele á pasar unos días con nosotros. Tendrás buena cama, mesa tranquila, caballo, escopeta y libros.

—Vénte tú primero á dar un remojón en mi compañía.

—No puedo; digo, no me acomoda por ahora. No quiero dejar solo á mi padre.

—Hombre! ¡poco días! ya está el señor acostumbado á tus ausencias.

—Pues por eso no quiero ausentarme en algún tiempo.

—¡Hola! ¿hay moros en la costa?

—Sí, alguna liebre en la miés, alguna paloma en el monte y de tarde en tarde una grulla que pasa volando donde no la alcanza la mostacilla. Y á propósito, ¿sabes quién vive aquí cerca? Fidelia.

—¡Fidelia! ¿y qué hace?

—No lo sé; veranear.

—¿La visitas?

—Desde fuera de su jardín.

—¿Cómo! ¿os habláis á través de una pared?

—Hombre nó:

ella en la tapia asomada y al pié de la tapia yo.

—¡Romanticismo puro!... Roméo y Julieta.

—Topografía nada más: prosa, que entenderás cuando visites el terreno.

—¿Y cómo está? ¿siempre la misma?

—Siempre, siempre divina; es decir, cada día más rubia y más coqueta.

—Ya entiendo porqué no quieres venir al Sardinero. ¡Goloso! te comes tú solo los dulces, no partes con nadie. Digo, pensando honradamente que no habrá en estos lugares muchos Beltenebros como tú. Y siempre elegantísima ¿eh?

—Siempre tal y como la conocimos en Madrid.

—Y, ¿siempre tan azules aquellos ojos que al amor convidan!

—Azules como el mar. Ay! qué deseos dan de ahogarse en ellos!

—Hombre, el mar no es azul, como vás á verlo dentro de momentos. Al menos su azul no es azul de ojos.

—Bueno, pues serán aquellos ojos azules como el cielo, ¡y qué cielo! ¿Y las manos? Andrés, háblame de aquellas manos.

—¡Incomparables!

—Y siempre acariciando aquel rostro!

—Siempre, y siempre haciendo lucir aquel diamante riquísimo que traen en el dedo.

—El diamante de los misterios.

—El diamante de las historias.

—El diamante de las coqueteterías.

—Señores viajeros, al tren!—cantó en esto una voz remolona y soñolienta.

Perico subió al coche, tendió por la ventanilla su mano á Andrés, y le dijo:

—Veo que tenemos mucho que hablar.

—Mucho,—respondió Andrés.—Vénte, como te digo y no tardes.

—Sí vengo, sí vengo, repuso Perico.—

Saluda á tu padre en mi nombre.—Y á Fidelia, eh? no lo olvides.

—Descuida: desde mañana te esperan.

—¿En dónde y quién?

—Hombre! en mi casa, mi padre, la cama, la mesa, el caballo, la escopeta y los libros.

Sonaron las tres voces acostumbradas en tales parajes y ocasiones; la campana que llama, el pito que ordena, la bocina que angustia y amedrenta. Moviése el tren y ambos amigos cambiaron el postrer saludo.

—Bonne chance, dijo el que partía.

—Good bye, el que se quedaba.

El cual, colgada del hombro la escopeta saludado el jefe de estación, muy su amigo, y los conocidos hallados al paso, tomó prados arriba, con resuelto pié, camino del cauce.

JUAN GARCIA.

(Continuará)

PARÍS POR DENTRO.

LOS CIRCOS.

Estamos á 19 de Marzo y el calendario nos anuncia que mañana, sábado 20, á las 4 y 36 minutos de la tarde, entraremos en la 1886ª primavera cristiana.

Nadie lo diría al ver nevadas las praderas vecinas y helados los vecinos arroyuelos, la brisa del norte, incesante y glacial, sembrando en su derredor reumas y catarros, y el termómetro á 7 grados bajo cero.

Estamos, empero, en primavera; no hay que dudarlo, porque el Hipódromo, suntuoso recinto que recuerda las antiguas Arenas Romanas, y que sirve de termómetro á los indolentes parisienses, acaba de abrir este año sus puertas al público.

El Hipódromo ha abierto sus puertas, primavera tenemos, se dice todo buen parisiense aunque se hiele de frío.

En efecto, en cuanto asoma la primavera la Sociedad Selected va al Hipódromo los martes y viernes, días llamados de moda, de cada semana, no por el espectáculo—que para la vanidosa y elegante Sociedad Selected, esto es lo de menos—sinó para obedecer á las tiránicas leyes de la caprichosa y exigente doña Rutina.

En nuestros tiempos los juegos del circo, por variados que sean, no tienen el don ni el privilegio de excitar el interés ni siquiera la curiosidad del público. Este género de espectáculo no ha adquirido en los pueblos modernos la boga y la importancia de que gozaba en la antigüedad, particularmente en Roma.

El atractivo que puede ofrecer el espectáculo en sí mismo no entra por nada ni para nada en el éxito. El éxito solo la moda y la rutina le conceden y otorgan.

Los todos conocen el Panem et circenses del poeta latino, que tan gráficamente queda representado y traducido por nuestro pan y toros, y nadie ignora el frenesí que tenía el pueblo romano por las luchas del circo.

Aquel pueblo se consideraba dichoso con tal de tener pan y juegos circenses. ¡Felices tiempos de feliz memoria aquellos en que los emperadores podían tener contentos á sus súbditos á tan poca costa!

En un principio el circo romano era un gran espacio de terreno cubierto de arena y rodeado por una empalizada. Allí, y sin más adornos ni atavíos, lujos ni perfiles, se verificaban las célebres carreras á pié, á caballo y en carros, los pugilatos y combates homéricos entre gladiadores, las luchas sangrientas entre bestias feroces. Allí también y más tarde, tuvieron lugar aquellos horribles y sangrientos espectáculos del martirio de los cristianos que se negaban á abdicar su religión.

Antes de dar comienzo á los juegos circenses se ofrecía á los espectadores lo que se llamaba la pompa del circo, que consistía en una cabalgata en honor de los dioses, en la que tomaban parte las matronas romanas, lujosamente vestidas, montadas en dorados carros arrastrados por soberbios y fogosos caballos, así como la noble juventud romana que marchaba á la cabeza de la comitiva, tocando la flauta.

El Emperador y los primeros dignatarios del imperio asistían á aquellos juegos que consistían, por lo general, en luchas en las que tomaban parte los siervos, esclavos manumitidos ó extranjeros, rara vez los ciudadanos romanos. Algunos historiadores afirman, sin embargo, que en ciertas ocasiones los senadores y personas de elevada alcurnia no desdenaban bajar á la arena.

Otro de los espectáculos, de espantosa barbarie, del que gustaban mucho los romanos, era el de los combates entre bestias feroces ó entre bestias y condenados á penas infamantes ó cristianos.

También solía introducirse en el circo un gran número de animales salvajes, á los que los espectadores desde lo alto de las gradas lanzaban flechas y azagayas.

Sylla mandó arrojar una vez 100 leones; Pompeyo, 350; César, 400, y Augusto, 3.500; pero quién organizó los más grandiosos al par que sangrientos espectáculos, fué Probo, que en una ocasión hizo reunir en el circo 6.000 animales: 1.000 javalies, 1.000 ciervos, 1.000 gamos, 1.000 carneros moruecos, 1.000 corzos y 1.000 avestruces; y en otra ocasión, para que combatieran entresí y se devoraran, 200 leones, 100 leonas, 100 leopardos y 300 osos.

No es difícil concebir cuál sería el horror de semejantes espectáculos. Cuanto más atroces y sanguinarios eran, más satisfecho estaba el pueblo y mayores eran los aplausos de aquella turba frenética; pero cuando el entusiasmo rayaba en lo indescriptible y sin límites, era cuando los combates tenían lugar entre cristianos y fieras, y cuando estas despedazaban y devoraban á aquellas infelices víctimas.

Para dar una idea de la afición insana que mostraba aquel pueblo por este género de espectáculos, básteme recordar á ustedes que Roma poseía quince circos, y que estos, no obstante ser inmensos, apenas podían contener la muchedumbre que á ellos acudía en tropel ávida de emociones fuertes y sedienta de sangre.

Los primitivos circos se fueron agrandando, adornando y embelleciendo. Tarquino el Viejo hizo construir el primero de ladrillo y Tarquino el Soberbio le reformó y ensanchó, dando en él cabida para 150 mil espectadores.

Después se construyeron varios más lujosos y en los que se emplearon con verdadera profusión mármoles preciosos y aún porfíros. Todos tenían la misma forma, la de un inmenso paralelogramo terminado por un semicírculo en una de las extremidades.

A la caída del imperio romano fué cuando el gusto de los circos se aclimató en España, y entonces fué cuando empezaron las corridas de toros, espectáculo tan pintoresco como bárbaro, llamado hoy nacional, y que por desgracia tiene en nuestros días aficionados fervientes.

En Francia no adquirieron los circos mucha boga. Childeberto hizo dar espectáculos á la antigua usanza en las Arenas de Arlés, magnífico anfiteatro de origen romano—que yo he tenido la satisfacción de visitar y el disgusto de ver empequeñecido y envilecido por unos toreros españoles de invierno que allí dieron una corrida de novillos—y que es una maravilla. Chilperico I hizo construir dos circos; uno en París y otro en Soissons, circos que á causa de la indiferencia del público que dió—¡Dios y el buen gusto se lo premien!—no en frecuentarlos, fueron abandonados primero y derribados luego.

En 1767 apareció en París el primer circo propiamente dicho y al estilo moderno, es decir, hípico. Beates, Hyam, Balp y Astley, notables ginetes y reputados profesores de equitación ingleses, dieron algunas representaciones ecuestres en un picadero de la calle del Temple.

En 1801 construyó Franconi, en el jardín de Capucines, hoy calle de la Paix, un circo que fué derribado en 1808, época en la cual se abrió el Circo Olímpico de los Hermanos Franconi, en el que no solo se dieron representaciones ecuestres, sinó también pantomimas y bailes, y que fué destruido por un voraz incendio el 15 de Marzo de 1826.

Después fueron construidos el Hipódromo, de que dejó hablado, el de verano, en los Campos Eliseos, llamado luego de la Emperatriz, el de Invierno, el Circo Fernando; y por último, uno nuevo y precioso, que merece particular mención, y que acaba de inaugurarse en la calle del Faubourg Saint-Honoré, en el local que ocupaba el antiguo Valentino, nuestro intrépido compatriota Oller, un catalán de París ó parisién de Cataluña para quien no hay nada imposible y para quien París no tiene secretos, ni rincones ocultos, ni misterios.

Este nuevo establecimiento está montado con un lujo, confort y buen gusto admirables, y posee, entre otros atractivos y curiosidades, un espacioso estanque que, oculto bajo la pista, en cinco minutos y por un prodigio de habilidad, se presenta ante los ojos del público.

Este puede así asistir cada noche, al par que á una buena representación hípica, á otra acuática no menos interesante, en la que toman parte experimentados y sólidos nadadores y graciosas, bellas y elegantes nadadoras.

El espectáculo del valor y de la destreza, no siempre necesario, tiene, sin embargo, algo de artístico, de noble y de bello.

¿Acaso la humanidad no pasa la mayor parte de su tiempo arriesgando su vida y haciendo correr la sangre y las lágrimas por cosas insignificantes en el fondo?

¿Pues qué, la belleza que la humanidad persigue como un supremo bien, deja de ser casi siempre una ilusión, una quimera, una locura y aún á veces una tontería ó una crueldad?

Pedir que las sociedades tengan más virtudes de las que tienen los hombres que las componen, es pedir gollerías, como vulgarmente se dice; al contrario, siempre que los hombres se reúnen y manifiestan colectivamente sus deseos, sus opiniones ó sus apetitos, resulta la barbarie, que el hombre, al sentirse individuo, es decir, aislado, débil, trata de ocultar, pero que pregona y ostenta cuando se siente acompañado, es decir, fuerte, irresponsable en cierto modo.

Preguntad á todas las personas ilustradas si las corridas de toros, las carreras de caballos, las riñas de gallos y otros espectáculos ejusdem farinae, son una barbaridad y os dirán que sí y os afirmarán que sería preferible que las costumbres se humanizaran hasta el extremo de prescindir de semejantes espectáculos; pero todas ó casi todas esas personas renovarían su abono al circo, á la plaza ó al hipódromo.

La humanidad se siente y se ha sentido siempre atraída hacia el espectáculo de la sangre vertida en el circo cuyas arenas dora un sol de fuego, y sobre las cuales se representa un drama interesante porque es verdadero, porque en él el peligro es peligro, y la sangre sangre, y el triunfo triunfo, y la muerte muerte.

La humanidad es así. Tal fuimos, tal somos y tal seremos.

PIO SILBÉN.

Neully-sur-Seine 19 de Marzo de 1886.

REVISTA CIENTIFICA.

CURACION DE LA RABIA.

PROCEDIMIENTO PROFILACTICO DE M. PASTEUR

En la sesión que celebró la Academia de Ciencias de París el día 1.º del actual, dió lectura Mr. Pasteur á una Memoria en la cual se consignan los resultados obtenidos por su nuevo método profiláctico contra la rabia.

Hé aquí el texto de este importante escrito que hará época en los anales de las ciencias naturales:

«En 26 de Octubre último dí á conocer á la Academia un método para curar la rabia, con los detalles de su aplicación á un joven alsaciano llamado José Meister, que fué gravemente mordido el día 4 de Julio último. De las diligencias al efecto instruidas por las autoridades alemanas resulta que el perro mordió á José Meister en el periodo álgido de la rabia. La salud del niño es ahora perfecta.

Cuando comunicaba á la Academia aquel informe, estaba sometido al procedimiento profiláctico otro niño, el pastor Jupille, á quien el día 14 de igual mes mordió un perro rabioso, más gravemente quizá que á Meister. La salud de Jupille nada deja que desear al presente.

Apenas se conocieron estos dos resultados, tan satisfactorios de mi procedimiento, una porción de personas me suplicaron que se le aplicara. Esta mañana—la Memoria está fechada en 25 de Febrero,—se hallan sometidos al método de las inoculaciones preventivas 350 enfermos, en cuya tarea me auxilia el doctor Grancher con un celo digno del mayor encomio.

Por más que mi laboratorio, dedicado hace más de un año al estudio de la rabia, sea un centro de informes respecto á esta enfermedad, confieso que me he sorprendido extraordinariamente al saber que hay tantas personas mordidas por perros rabiosos. Sin embargo, esto tiene una sencilla explicación.

En otro tiempo se consideraba incurable la rabia, y por lo mismo, se procuraba alejar del ánimo de los enfermos hasta el nombre de tan terrible mal. Enseguida que una persona era mordida, todos afirmaban que el perro no estaba rabioso, aunque lo contrario asegurasen el veterinario ó el médico, y se recomendaba el mayor silencio sobre semejante

desgracia. Con objeto, pues, de no alarmar al paciente, sus parientes ó allegados ocultaban la gravedad de su mal, creyéndose que así se le perjudicaba menos, y ocurría á veces que se negaba toda ocupación á los trabajadores que se sabía habían sido mordidos por un perro rabioso, en la persuasión de que súbitamente podían ser temibles, lo cual nunca sucede, afortunadamente. Los hombres no lo son más que en el último periodo de los accesos de la rabia.

A fin de convencer á los suspicaces, y aún á los que se muestran hostiles á mi procedimiento, he tenido el cuidado de formar estadísticas muy exactas de sus resultados, autorizadas con los correspondientes certificados de los médicos ó veterinarios; pero á pesar de estas precauciones no he podido menos, en algunos contados casos, de curar á personas mordidas por perros que se creían rabiosos, pero que habían desaparecido, porque dichas personas, además del posible peligro de las mordeduras, vivían bajo el influjo de un espanto capaz por sí solo de fatales consecuencias si les hubiera negado mis auxilios.

Por lo demás, no he querido recibir á aquellos individuos cuyos vestidos no conservaban claros indicios de haber sido agujereados ó desgarrados por los colmillos del perro. En este caso no existía peligro alguno, porque así el virus rábico no pudo introducirse en la carne, aunque resultase una herida contusa, honda y aún sangrienta. Finalmente, en bastante número de casos sospechosos se ha reconocido el estado rábico del perro inoculando en conejos la materia nerviosa tomada en el cadáver del animal rabioso.

Bién quisiera ahora dar una nota exacta del aspecto, clase y tratamiento de cada enfermo, citando por orden cronológico la serie de los curados; pero como sería enojoso relacionar los detalles relativos á 350 casos, me limitaré solamente á citar algunas de las cien primeras personas á quienes he asistido, y todas las cuales se encuentran ya fuera de cuidado.

Consultando mi registro de aquella época, que comprende desde 1.º de Noviembre á 15 de Diciembre próximos pasados, encuentro en un intervalo de diez días los casos siguientes, que darán una idea á la Academia de las personas que acuden á mi laboratorio todas las mañanas.

Estéban Roumier, de 48 años, del Ayuntamiento de Ourouère (Nièvre), mordido en ambas manos en 4 de Noviembre de 1885 por un perro rabioso, reconocido como tal por el veterinario Mr. Moreau. No se cauterizó la herida ni se curó durante 24 horas.

Chapot, de 43 años, y una hija suya de 14, habitantes en Lyon. Los dos mordidos en la mano izquierda, la niña más gravemente que su padre. Las heridas se lavaron con amoníaco por un boticario. La escuela de veterinaria de Lyon reconoció que el perro estaba rabioso.

Francisco Saint-Martin, de 10 años, residente en Tarbes. Le mordió un perro en el dedo pulgar de la mano derecha el 7 de Noviembre. Se le lavó la herida con amoníaco. El perro estaba rabioso, según certificó Mr. Dupot, jefe del servicio sanitario y de epizootia.

Margarita Louzier, de 13 años, habita en Fongrave (Alto Garona), mordida en la pierna por un gato rabioso el día 11 de Noviembre de 1885. Se cauterizó la herida con ácido fénico. A esta niña se la llevó al hospital, por exigir su curación operaciones quirúrgicas.

Corbillon, de 27 años, vecino de Neuville, cerca de Clermont (Oise), mordido el día 12 de Diciembre último. Se cauterizó la herida con un hierro candente ocho días después del accidente. El perro rabia, según reconocimiento de Mr. Chantareau, veterinario de Clermont.

Bouchet, de cinco años y medio, vive en la sétima esclusa del canal de San Dionisio, fué mordido en 12 de Noviembre en la mano y en el muslo izquierdos. El doctor Dumontel le cauterizó la herida con un hierro candente, tres cuartos de hora después de la mordedura. Mr. Coret, veterinario de Aubervilliers reconoció que el perro estaba rabioso.

La señora Delcroix, de Lila (Norte) fué mordida por un perro el día 6 de Noviembre en el pié derecho. Se cauterizó también la herida por medio del hierro candente. El perro rabia, según examen de Mr. Frelie, veterinario de Lila.

Plantin, habitante en Etrœungt (Norte), mordido á principios de Noviembre anterior en la mano derecha, se le cauterizó la herida cuarenta y ocho horas después del acciden-

te. Mr. Eloire, veterinario de La Capelle (Aisne), ha certificado que el perro rabiaba. Juana Pazat, de 7 años, residente en Mareuil (Dordoña), fué mordida el día 12 de Noviembre por un perro, que el doctor Pindray reconoció que estaba rabioso. Esta niña se presentó cuarenta y ocho horas después de la desgracia á dicho doctor, quién opinó acertadamente que no procedía ya la cauterización.

La señora Achard, de Saint-Etienne, fué mordida en 9 de Noviembre próximo pasado en el pié derecho, y el día 12 de igual mes en la mano derecha por el mismo perro. No se hizo cauterización alguna. El animal estaba rabioso, según lo reconoció Mr. Charloy, veterinario en Saint-Etienne.

La señora Alfonsina Legrand, vecina del Ayuntamiento de Baune, en el departamento de Aisne. Fué mordida en la barbilla el día 6 de Noviembre de 1885. Tampoco hubo cauterización. El perro rabiaba, conforme lo atestigua Mr. Decarme, veterinario de Chateau Thierry.

Antonio Carlier, de 43 años, habitaba en la calle de los Hospitalarios de San Gervasio, número 12, en París. Se le cauterizó la herida, por medio del hierro enrojecido veinte horas después de la desgracia. El perro, según ha manifestado su dueño, no quería comer, mordía y tragaba madera y otros objetos, demostrando además que estaba rabioso el característico ladrido de esta enfermedad.

Ternet, su mujer y las señoras Delzors y Dalibord, fueron los cuatro mordidos por un perro que rabiaba, según vió el veterinario de Sanfourch en Saint-Ouen. Cauterizaciones insignificantes ó tardías.

Doctor Juan Hugues, de Oswestrie (Inglaterra) fué mordido en 13 de Noviembre de 1885. Dos profundas heridas en el labio inferior. Ninguna de ellas se cauterizó. El mismo doctor observó que el perro rabiaba.

La señora Faure, viuda, vecina de Alma, en Argelia, fué mordida el 1.º de Setiembre de 1885. Los vestidos estaban desgarrados por el perro que mordió á los cuatro niños, llamados de Argelia, de los cuales uno murió en el hospital de Mustafá, en Argel, dos meses después de la mordedura. Los síntomas de la enfermedad rábica han sido descritos muy concienzudamente por el doctor Moreau. El tratamiento preventivo se aplicó á los otros tres niños, hacia mediados de Noviembre.

La señora Greteau, de Burdeos, recibió dos mordiscos el día 14 de Noviembre en el dedo anular derecho, uno en el pulpejo y el otro le partió la uña por medio. El perro estaba rabioso, según lo declara el doctor Douand. Se lavaron con amoniaco las heridas y se cauterizaron ligeramente.

Voisenet (Noel), de Semur (Costa de Oro), de 50 años, fué mordido en 16 de Noviembre en las dos piernas por una perra que reconoció estaba rabiosa Mr. Colas, veterinario. Cauterización por medio del hierro enrojecido cuatro horas después del accidente.

Guichon, de Burdeos, de 67 años, herido el día 12 de Noviembre por el perro que mordió á la señora Greteau, anteriormente citada.

Halfacre (Walter), de Londres, 28 años, fué mordido el 15 de Noviembre y curado por el doctor sir James Pages. No se hizo una buena cauterización de la herida. El hermano de Halfacre murió de rabia hace cinco años, á consecuencia de un mordisco á que no dió ninguna importancia porque le pareció completamente insignificante.

Calmeau, de Vassy-les-Avallon, fué mordido en la noche del 15 al 16 de Noviembre por la perra que atacó á Voisenet, antes nombrado, y con tal furia que sacó heridas en el vientre, el muslo y la rodilla, y la ropa hecha girones.

Lorda (Juan), de 36 años de edad, residente en Lasse (Bajos Pirineos). Los antecedentes de este individuo son sumamente curiosos. Mordido el 25 de Octubre no vino á mi laboratorio hasta el 21 de Noviembre, es decir, 27 días después de la mordedura. El día que recibió esta, mordió el mismo perro á siete cerdos y dos vacas.

Los nueve animales murieron de rabia. Los cerdos perecieron después de una corta incubación que duró de 15 á 20 días. Una de las vacas murió á los 34 días, y la otra á los 52 de ser mordida. Debo estos detalles á Mr. Inda, hábil veterinario de Saint-Palais. No debe omitirse una observación de su informe, y es que, las heridas de las vacas se cauterizaron con la mayor prontitud con un hierro candente, detalle que subraya Mr. Inda en su escrito. Tengo pruebas muy numerosas de la ineficacia de las cauterizaciones en ciertos casos, aunque se hagan en hierro rugiente y sin la menor dilación. Apenas ocurrió la muerte de los cerdos, vino Lorda espantado á París. Hoy su salud es perfecta. Su tratamiento terminó el día 28 de Noviembre último.

(Concluirá.)

HOMENAJE AL GENIO.

Allá van, tierra hidalga de la Montaña, á difundirse por doquiera las brisas salobres de tus costas donde los verdes pinos se estiran, y se extienden las árgomas; allá van los ecos de la insólita voz de tus mares, que se rompen espumosas en la abrupta roca, contando á los extraños la abnegación heroica de tus hijos, las maravillas de tus paisajes, los futuros de tus galernas, los encantos de tus bosques donde erocen enlazados, surgiendo entre laberintos de helechos y zarzales, las hayas gigantescas y las enérgicas *cagigas* de áspera y rugosa corteza y de corazón inquebrantable, como la corteza y el corazón de tus marineros.

Allá van con sus mismos colores y sus propios aromas vigorosos; allá van rudos y afligranados á un tiempo, como obra de estatuario imposible que en ella dejase reunidos la tosquedad primitiva del granito y los artísticos primores del experto cincel: que en modo semejante van por el mundo de las letras, perpetuados, los añejos recuerdos de la Montaña en las páginas imperecederas de Pereda, blasones de su gloria, gloria de esta tierra, que es madre orgullosa suya y su musa, y honra de la patria de tantos varones esclarecidos y eminentes.

Por eso cada nuevo homenaje que, lejos de estas costas de Cantabria y más allá de estos conocidos lugares de la Montaña, se tributa al insigne conterráneo nuestro, despierta otra vez el noble orgullo que tantas hemos sentido, en la persuasión, por cierto modo inmodesta y usurpadora, de que, poco ó mucho, algo participamos de su renombre, por cuanto, al par que su fama y de ella inseparables, corren y se extienden y perpetúan los nombres de tantas cosas que nos son familiares, que tenemos como por propiedad nuestra, nombres ásperos tal vez cuando han traspuesto nuestros montes, pero que tan gratos suenan en nuestros oídos y tan armoniosos repercuten en nuestras almas, evocando recuerdos de costumbres y de escenas en las cuales fuimos, unos, espectadores pasivos, actores otros, y que los más reconstituimos fácilmente, ya contemplando el paisaje que les sirvió de escenario, ó recibiendo su impresión fresquísimas en los cuadros donde copió con tan rara fortuna y tan clásicos colores el inspirado artista.

Más largo exordio hubiera menester—y feliz yo si solo en su extensión fuese este deficiente—la noticia, gratísima para cuantos nacimos en este noble solar de la Montaña, del elocuente testimonio de admiración y afecto que de eminentes escritores y afamados artistas catalanes ha recibido en estos últimos días D. José María de Pereda, con carta del Sr. Güell y Bacigalupi, á quién ellos confiaron comisión tan honrosa y merecida, aprovechando la coyuntura del aniversario del ilustre novelista para realizar un propósito inspirado por la reciente publicación de *Sotileza*... (¿á cuál montañés le es este nombre desconocido?) y aplazado desde entonces porque al cernirse la peste sobre la rica ciudad de Barcelona se replegaron en el fondo del alma los entusiasmos artísticos para dar lugar y expansión á los entusiasmos humanitarios, muy hermosos también é igualmente abundantes en los hijos de esta hidalga tierra española.

Es un gran estuche cuadrado, de piel de Rusia. En elegante y blando lecho de raso granate, circundados por una correa cincelada, cuyos dos extremos rematan con las armas de Santander y de Barcelona, han hecho colocar los eminentes artistas y escritores catalanes tres libros de Pereda, *Sotileza*, *El sabor de la tierra* y *Pedro Sánchez*; y á lo largo de aquella correa, anudada por un broche que lleva la fecha de 1885, campea en letras plateadas esta inscripción:

BARCELONA Á PEREDA.

Cubren los volúmenes así dispuestos dos coronas, una de laurel y otra de roble, cinceladas respectivamente en hierro y en bronce, de labor trabajosa y delicada, obra de los afamados talleres de Vidal y Compañía, y hay entre las ramas de esas dos coronas,—emblemática, á mi entender, del genio victorioso y fuerte,—un pergamino con esta inscripción en gruesos caracteres:

AL NOVELISTA MONTAÑÉS

J. M. DE PEREDA

SOS ADMIRADORS DE CATALUNYA.

Al pié de la cual se leen, entre otras firmas de hombres notables en las letras ó en las artes, las de Verdaguer, insigne autor de los poemas *La Atlántida* y *Camigó*; Oller, Vi-

dal, Riera y Bertran, los primeros novelistas de la región catalana; la del notabilísimo poeta dramático Guimerá; las de Mathen y Picó, laureados poetas líricos; la de Vilanova, el primero entre los escritores de costumbres catalanas; las de los eminentes críticos Sardá, Yxart y Miguel y Badía, y las de Domenech y Apeles Mestres, artistas afamadísimos entrambos y notable y laureado poeta este último,—nombres todos ilustres que se han confundido una vez en la noble empresa de honrar de manera grande y desusada á las letras castellanas en el castizo novelista montañés que les ha erigido el grandioso monumento de sus obras.

Y ese testimonio de admiración que le ofrecen los ilustres catalanes significa también, sin duda alguna, muestra de simpatía, por lo menos, movimiento de fraternal cariño de la región catalana al pueblo montañés, cuna de Pereda y de sus libros en cuyas páginas reviven y palpitan nuestras añejas costumbres, nuestras desgracias á veces, nuestros marinos de antaño, los derrumbados hogares de nuestros abuelos, y las eternas costas montañesas batidas eternamente por la indomable soberbia del Cantábrico.

Seamos agradecidos como á fuer de montañeses nos corresponde serlo, y respondamos—¿qué menos?—con un afectuoso saludo á nuestros hermanos de Cataluña, y con nuestra admiración sincera á aquellos de sus varones insignes que también viven y se ciernen en las regiones altísimas del arte donde brilla nuestro escritor montañés...

Pero cualquier otro, y no yo, puede tomar á su cargo, con honra propia, esa salutación en nombre de la Montaña que tantos hijos cuenta con legítima autoridad para ello. Venga por esa honra cualquiera de los que notoriamente la merecen,—que yo creo que he cumplido contando, mal ó bien, lo que ví y lo que de ello he pensado.

A.

A R...

QUE ME PEDIA OPINION SOBRE SU MANTILLA.

Blanca ó negra, ello es igual,
Con cualquiera vés mejor,
Que no es cuestión de color
El que te esté bien ó mal;

Y pues por tí irá llevada,
Una ú otra preferida,
No ha de haber en la corrida
Mantilla más celebrada.

En la prenda está el donaire
Y la cara es quién la alegría;
Por lo demás, blanca ó negra,
Lo mismo las besa el aire.

Más, porque menos se atreven,
La negra es más de traer,
Que tú no tienes que ver
Con lo que las otras lleven;

Y junto al rostro nevado
Tu blanca mantilla viendo
Te tacharían, creyendo
Que no la habías lavado.

En blancuras, tú repara
En que nadie cual tú lleve
La cara como la nieve
Y el alma como la cara.

Pero aún es de preferir
La negra por más galana:
La blanca es algo *barbiana*,
Y de esto debes huir.

Tu gracia no es voz que grita
Sin venir jamás á qué,
Ni sabes decir *olé*,
Ni te hace falta maldita.

La luz que en tus ojos arde
Es gracia y luz, pero es triste
Como la sombra que viste
A tus montañas la tarde.

Además, que con la negra
Gozará tu linda faz
De más amplia libertad
Si se entristece ó se alegra;

Serás bajo ella más franca,
Que no están bien admitidos
Unos ojos distraídos
Bajo una mantilla blanca...

Más, blanca ó negra, es igual;
Que ni está en ella el primor
Ni depende del color
El que te esté bien ó mal.

Tu hermosura es quien la alegría,
Y en siendo tuyo el donaire
Eso se le importa al aire
Que la lleves blanca ó negra.

Que pues por tí irá llevada
Y el cielo en tus ojos arde,
No habrá en la Plaza esta tarde
Mantilla más celetrala.

ENRIQUE MENÉNDEZ.

Julio 1885.

MADRID.

20 de Marzo.

¿Me lo han referido? No lo sé. ¿Lo he soñado? También lo ignoro. De lo que estoy seguro es de que, conscientemente á lo menos, no lo he inventado yo. Hasta creo que en algún rincón de la memoria podría encontrar, si lo procurase, nombres propios de personas muy conocidas que han intervenido en el drama; pero no lo puedo afirmar rotundamente. De todas suertes, estos pormenores no importan mucho, porque, conocido el asunto de la obra, ¿qué importa que los personajes de ella se llamen de este ó del otro modo?

Se trata de un matrimonio rico y provinciano, que vive hace tres años, desde que se celebró la boda, en la villa y corte. Él no ha llegado todavía á la que llamó *Espronceda funesta edad de amargos desengaños*, y es un joven simpático, distinguido, que terminó con aprovechamiento una carrera científica que ejerce, más por amor al estudio que por necesidad. Ella puede decirse que es una niña: si los cuenta, no pasará de los veinte años, y, según refieren los que la conocen, aunque pequeñita, puede conseguir muy bien que enloquezca de amor el hombre de mejor gusto.

Ha vivido feliz y dichoso este matrimonio, al que todo parecía sonreír, hasta hace pocos días.

Sea por confidencia de un amigo, como dicen muchos, ó por defección de una criada, como aseguran otros, el caso es que el esposo tuvo noticias de infidelidades de su mujer. Puede suponerse hasta qué punto llegarían su asombro y su desesperación. Pero no cabía duda: las noticias eran tan verosímiles y exactas y los pormenores tan precisos, que antes que él los expusiera iban destruyendo uno á uno todos los argumentos que habría podido formular. Hasta le dijeron que el día que quisiese, y de tal á tal hora, le sería fácil sorprender á la adúltera en la misma casa del seductor.

No quiso esperar mucho y trató de convencerse aquella misma tarde de su horrible desgracia. Cogió un revolver y un bastón de hierro que encontró á mano en su casa, y salió á la calle. Cuando iba á tomar un coche para dirigirse á las afueras de Madrid, donde estaba situado el hotel en que se consumaba su deshonra, encontró por casualidad á un cuñado suyo—hermano de la infiel—y á otro amigo de toda su confianza. Se sorprendieron ambos al verle tan descompuesto, y le preguntaron el motivo. No respondió en el instante categóricamente: le invitó á que le acompañaran, aceptaron los otros, y se metieron los tres en el carruaje. Por el camino, mientras el cocheró fustigaba al caballo, porque la carrera era larga, contó el pobre esposo lo que le ocurría, si era cierto, como temía, lo que le habían contado. La indignación del hermano; al saber el suceso, fué casi tan grande como la del marido. El amigo de ambos solo se atrevió á balbucir algunos consejos prudentes, que aumentaron aquella terrible explosión de odios y recriminaciones.

Llegaron al hotel y pretendieron subir inmediatamente á las habitaciones: el portero, aleccionado sin duda, quiso oponerse á tal intento: le arrollaron, sin maltratarle, y penetraron, sin obstáculo, en el piso principal. El cuadro que se ofreció á su vista, fué de los que no dejan lugar á duda: allí estaban la casadita y un joven aristócrata, asustados, despavoridos, porque sin duda había

llegado hasta ellos el estrépito del zaguán, donde el portero seguía gritando y pidiendo ¡socorro!

El esposo sacó el revolver; pero por fortuna, en el instante de hacer fuego, el amigo le dió un golpe en el brazo que desvió el tiro, y la bala se empotró en el techo: quiso disparar segunda vez; pero se lo impidió también el amigo, que, con la ayuda esta vez del hermano, le quitó el arma. Entonces se arrojó, ciego de ira, sobre el aristócrata, al que dió, con el bastón de hierro, una paliza de padre y muy señor mío.

Llegaron en esto los agentes de orden público y los prendieron á todos, que á la media hora comparecían ante la primera autoridad civil de la provincia. Un hermano del aristócrata, á cuyo nombre está alquilado el hotel donde ocurrieron los acontecimientos que acabo de contar, entabló en seguida una querrela criminal contra el marido, por allanamiento de morada.

Resultado: que del edificio del gobierno salió la esposa para un convento de recogidas, y el esposo para la cárcel-modelo; bien que este recobró, á los dos días, la libertad bajo fianza, porque el asunto continúa *sub judice*.

Hasta aquí la primera parte del drama, y el primer acto, como diríamos si la cosa no fuese tan seria. Pasemos ahora á la segunda.

Un hermano de la esposa infiel, no el que acompañó el marido en la sorpresa, sino otro mayor, se creyó en el deber de salir por la honra de su familia, y envió al seductor sus padrinos. Respondió este que, vieniendo el esposo, á nadie que no fuera él se creía obligado á dar satisfacciones de ninguna clase. Entonces el provocador le escribió una carta insultante dirigida á una de las sociadadas de recreo de Madrid, para que la ofensa fuese pública.

No tuvo entonces el aristócrata más remedio que aceptar el lance; pero en condiciones ventajosas, porque pasaba á ser ofendido, y le correspondía, por consiguiente, la elección de armas.

Prefirió el sable, y el duelo, que debía durar hasta que uno de los combatientes quedase inútil, según dictamen facultativo, se verificó el miércoles en una quinta de recreo próxima á Madrid.

Pero fué el caso que ninguno de los dos duelistas era tirador, y que después de media hora de lucha, durante la cual no habían hecho otra cosa que pegarse mutuamente algún que otro palo, se rompió una de las armas. No había repuesto, y tuvo que suspenderse el lance hasta otro día: así lo convinieron los testigos.

Pero una vez de vuelta en la corte, les entraron los escrúpulos á algunos de ellos, y reunidos los cuatro, acordaron unánimemente someter el asunto á un tribunal de honor. Se trataba de saber si, en buenas prácticas, se debía ó no reanudar el duelo.

El tribunal de honor, compuesto de cinco personas respetables y muy versadas en estos negocios, declaró que el honor había quedado á salvo, y que debía darse por terminado el asunto.

Así se acordó, se firmó la correspondiente acta y... ¡Cristo con todos!

Falta ahora la tercera parte. El marido, procesado como está, no se ocupa por de pronto más que en regularizar su posición.

Cuando lo consiga no se sabe lo que hará. Es él bastante discreto é inteligente para anunciar sus propósitos.

En fin, lo que fuere sonará, y, como dicen los almanagues: ¡Diós sobre todo!

Soy poco aficionado—¿qué poco? ¡nadá!—á las crónicas escandalosas, y he escrito la presente con repugnancia verdadera; pero hay sucesos que alcanzan tal resonancia y notoriedad que el no dar cuenta de ellos podría parecer á los lectores de EL ATLÁNTICO que era algo así como faltar á mi deber. Por eso si vacilé primero, me decidí por fin á contar lo que he contado.

Que esta explicación no sirva para que olviden ustedes lo que dije al principio:

¿Me lo han referido? No lo sé. ¿Lo he soñado? También lo ignoro. De lo que estoy seguro es de que, conscientemente á lo menos, no lo he inventado yo.

S. de Trasmiera.

20 de Marzo de 1886.